
EDITOR ASOCIADO
JUAN GRANICA

TRADUCCION DE
JUAN-LUIS DELMONT-MAURI
Y DIANA SILVIA RABINOVICH

UNICA EDICION
AUTORIZADA

LA REVISION DE LA TRADUCCION
ES DE DIANA S. RABINOVICH
CON EL ACUERDO DE
JACQUES-ALAIN MILLER

RESPONSABLES DE LA EDICION
EN CASTELLANO DE *EL SEMINARIO*:
JACQUES-ALAIN MILLER Y
DIANA S. RABINOVICH

Diseño de la Colección
Rolando & Memelsdorff

EL SEMINARIO DE JACQUES LACAN

LIBRO 3

LAS PSICOSIS

1955-1956

TEXTO ESTABLECIDO POR
JACQUES-ALAIN MILLER

EDICIONES PAIDOS
BUENOS AIRES - BARCELONA
MEXICO

INDICE

Título del original francés
Le Séminaire de Jacques Lacan, Livre III
Les Psychoses, 1955-1956

Publicado en francés por Éditions du Seuil, París, 1981

© Éditions du Seuil, París, 1981

150.195 LAC Lacan, Jacques
El seminario de Jacques Lacan : libro 3 : las
psicosis.- 1ª ed. 17ª reimp.- Buenos Aires : Paidós,
2009.
464 p. ; 22x16 cm.- (El seminario de Jacques
Lacan)
Traducción de: Juan Luis Delmont-Mauri y Diana
Silvia Rabinovich

ISBN 978-950-12-3973-7

I. Título 1. Psicoanálisis

1ª edición, 1984
17ª reimpresión, 2009

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 1984 de todas las ediciones en castellano,
Editorial Paidós SAICF,
Defensa 599, Buenos Aires
e-mail: difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Gráfica MPS,
Santiago del Estero 338, Lanús, en junio de 2009
Tirada: 2000 ejemplares

ISBN: 978-950-12-3973-7

INTRODUCCION A LA CUESTION DE LAS PSICOSIS

I	Introducción a la cuestión de las psicosis	11
II	La significación del delirio	29
III	El Otro y la psicosis	47
IV	«Vengo del fiambrero»	69

TEMATICA Y ESTRUCTURA DEL FENOMENO PSICOTICO

V	De un Dios que engaña y de uno que no engana	89
VI	El fenómeno psicótico y su mecanismo	107
VII	La disolución <u>imaginaria</u>	129
VIII	La frase simbólica	149
IX	Del sin-sentido y de la estructura de Dios	169
X	Del significante en lo real, y del milagro del alarido	187
XI	Del rechazo de un significante primordial	207

DEL SIGNIFICANTE Y EL SIGNIFICADO

XII	La pregunta histérica	229
XIII	La pregunta histérica (II): «¿Qué es una mujer?»	247
XIV	El significante, en cuanto tal, no significa nada	261
XV	Acerca de los significantes primordiales y de la falta de uno	279
XVI	Secretarios del alienado	295
XVII	Metáfora y metonimia (I): «Su gavilla no era ni avara ni odiosa»	307
XVIII	Metáfora y metonimia (II): Articulación significativa y transferencia de significado	319
XIX	<i>Conferencia:</i> Freud en el siglo	333

LOS ENTORNOS DEL AGUJERO

XX	El llamado, la alusión	355
XXI	El punto de almohadillado	369
XXII	«Tú eres el que me seguirás»	387
XXIII	La carretera principal y el significante «ser padre»	407
XXIV	«Tú eres»	421
XXV	El falo y el meteoro	441

*INTRODUCCION A LA CUESTION
DE LAS PSICOSIS*

XII

LA PREGUNTA HISTERICA

*El mundo preverbal.
Preconsciente e inconsciente.
Signo, huella, significante.
Una historia traumática.*

Llegamos a un punto en que el análisis del texto schreberiano nos condujo a enfatizar la importancia de los fenómenos de lenguaje en la economía de la psicosis. En este sentido podemos hablar de estructuras freudianas de la psicosis.

1

¿Qué función tienen esos fenómenos de lenguaje en las psicosis?

Sería sorprendente que el psicoanálisis no aporte un nuevo modo de tratar la economía del lenguaje en las psicosis, modo que en todo difiere del abordaje tradicional, cuya referencia eran las teorías psicológicas clásicas. Nuestra referencia es otra: es nuestro esquema de la comunicación analítica.

Entre S y A, la palabra fundamental que el análisis debe revelar, tenemos la derivación del circuito imaginario, circuito que resiste a su paso. Los polos imaginarios del sujeto, a y a' , recubren la relación llamada especular, la del estadio del espejo. El sujeto en la corporeidad y la multiplicidad de su

organismo, en su fragmentación natural, que está en *a'*, toma como referencia esa unidad imaginaria que es el yo, *a*, donde se conoce y se desconoce, y que es aquello de lo que habla; a quién no sabe, puesto que tampoco sabe quién habla en él.

Esquemáticamente, lo decía yo en los tiempos arcaicos de estos seminarios, el sujeto comienza hablando de él, no les habla a ustedes; luego les habla a ustedes, mas no habla de él; cuando les haya hablado de él —que habrá cambiado sensiblemente en el intervalo— a ustedes, habremos llegado al final del análisis.

Si queremos colocar al analista en este esquema de la palabra del sujeto, puede decirse que está en algún lado en A. Al menos, allí debe estar. Si entra en el emparejamiento de la resistencia, lo que precisamente le enseño a no hacer, habla entonces desde *a'*, y se verá en el sujeto. Si no está analizado, lo que cada tanto acontece, esto se produce con toda naturalidad, y aun diría que, desde cierto ángulo, el analista nunca es completamente analista, por la sencilla razón de que es hombre y que participa él también en los mecanismos imaginarios que obstaculizan el paso de la palabra. Se trata para él de no identificarse al sujeto, de estar muerto lo suficiente como para no ser presa de la relación imaginaria, en cuyo seno siempre se ve solicitado a intervenir, y permitir la progresiva migración de la imagen del sujeto hacia S, la cosa que revelar, la cosa que no tiene nombre, que no puede encontrar su nombre a menos que el circuito culmine directamente de S hacia A. Lo que el sujeto tenía que decir a través de su falso discurso encontrará paso con mayor facilidad mientras más la economía de la relación imaginaria haya sido menguada progresivamente.

Voy rápido porque no voy a volver a hacer hoy toda la teoría del diálogo analítico. Quiero simplemente indicarles que la palabra —escúchenla con el acento que implica: palabra clave, solución de un enigma, función problemática— se sitúa en el Otro, por cuyo intermedio toda palabra plena se realiza, ese *tú eres* en que el sujeto se sitúa y se reconoce.

Pues bien, analizando la estructura del delirio de Schreber en el momento en que se estabilizó en un sistema que vincula el yo del sujeto a ese otro imaginario, ese extraño Dios que nada comprende, que no responde, que engaña al sujeto, supimos reconocer que hay, en la psicosis, exclusión del Otro donde el ser se realiza en la palabra que confiesa.

Los fenómenos en juego en la alucinación verbal, manifiestan en su estructura misma la relación de eco interior en que está el sujeto respecto a su propio discurso. Llegan a volverse más y más insensatos, como se expresa Schreber, vaciados de sentido, puramente verbales, machacaduras, estribillos sin objeto. ¿Qué es pues esta relación especial con la palabra? ¿Qué falta para que el sujeto llegue a verse obligado a construir todo ese mundo imaginario? ¿Para que padezca en su interior este automatismo de la función del discurso? El discurso no sólo lo invade y lo parasita sino que él está suspendido de su presencia.

Que el sujeto en la psicosis sólo pueda reconstituirse en lo que denominaré la alusión imaginaria, se los mostré *in vivo* en una presentación de enfermos. A ese punto preciso llegamos. El problema que debemos indagar es la constitución del sujeto en la alusión imaginaria.

Hasta el presente, los psicoanalistas se han contentado con ella. La alusión imaginaria parecía muy significativa. Volvían a encontrar en ella todo el material, todos los elementos del inconsciente. Al parecer, nunca se preguntaron qué significaba, desde el punto de vista económico, el hecho de que esta alusión no tuviese en sí misma poder resolutivo alguno. A pesar de todo se percataron de ello, cual si fuese un misterio, esforzándose por borrar con el andar del tiempo las diferencias radicales de esta estructura respecto a la estructura de las neurosis.

En Estrasburgo me hicieron las mismas preguntas que en Viena. Personas que parecían bastante sensibles a ciertas perspectivas que yo abría terminaban diciéndome —¿*Cómo opera usted en las psicosis?*— como si, ante un auditorio tan poco

preparado como ése, acentuar el abc de la técnica no fuese ya trabajo suficiente.

Respondí: *La pregunta es un poco apresurada. Habrá que intentar buscar algunos hitos antes de hablar de técnica, incluso de receta psicoterapéutica.* Seguían insistiendo —¿De todos modos, no puede no hacerse nada por ellos?— Pero sí, ciertamente. Para hablar de eso esperemos hasta haber precisado algunas cosas.

Para ahora dar otro paso, debemos, como ocurre a menudo, dar un paso atrás, y retomar el carácter fascinante que presentan los fenómenos de lenguaje en la psicosis, carácter cuya índole puede reforzar lo que acabo de llamar un malentendido.

Según oigo decir, yo sostengo que el sujeto articula verbalmente todo lo que tiene que comunicarnos, y así yo negaría la existencia, a la cual tienen en mucha estima, de lo preverbal.

Esta posición extrema no deja de provocar en quienes la comparten abjuraciones asaz vivaces, que se manifiestan mediante dos actitudes: la mano en el corazón por lo que llamaremos una atestación auténtica mediante un desplazamiento hacia arriba, y la *inclinación de cabeza*, la cual se supone debe pesar en el platillo de la balanza, que según el criterio de mi interpelador yo descargo demasiado.

2

También me suelen decir: *Por suerte usted no está solo en la Sociedad de psicoanálisis. Existe también una mujer genial, Françoise Dolto, quien muestra la función esencial de la imagen del cuerpo, y aclara el modo en que el sujeto se apoya en ella en sus relaciones con el mundo. Nos contenta mucho volver a encontrar ahí una relación sustancial con la que sin*

duda se entreteje la relación del lenguaje, pero que es infinitamente más concreta.

No critico en lo más mínimo lo que enseña Françoise Dolto. Ella hace un excelente uso de su técnica y de su extraordinaria aprehensión de la sensibilidad imaginaria del sujeto. Habla de todo eso y también enseña a quienes la escuchan, a hablar de ello. Pero hacer este comentario no resuelve el asunto.

No me sorprende que aún quede por disipar cierto malentendido entre las personas que creen seguirme. No piensen que expreso así una decepción, hacerlo sería estar en desacuerdo conmigo mismo puesto que les enseño que el malentendido es el fundamento mismo del discurso interhumano.

Pero no es ésta la sola razón por la que no me sorprende que mi discurso suscite cierto margen de malentendido. Sino que además, si se ha de ser coherente con las propias nociones en la práctica, si todo discurso válido debe ser juzgado precisamente en base a los principios mismos que produce, diría que, con expresa intención aunque no absolutamente deliberada, desarrollo de manera tal este discurso que les ofrezco la oportunidad de no comprenderlo cabalmente. Este margen permite que ustedes mismos digan que creen seguirme, vale decir que permanecen en una posición problemática, que siempre deja la puerta abierta a una progresiva rectificación.

En otras palabras, si me las arreglara para ser fácilmente comprendido, es decir, para que tuviesen cabalmente la certeza de que están al tanto, pues bien, según mis propias premisas en lo tocante al discurso interhumano, el malentendido sería irremediable. Al contrario, dada la manera en que creo tener que abordar los problemas, tienen siempre abierta la posibilidad de una revisión de lo dicho, sobre todo porque el hecho de que no hayan estado al tanto antes es de mi entera responsabilidad: pueden cargarlo a mi cuenta.

En base a esto me permito retomar hoy un punto esencial. No digo que lo comunicado en la relación analítica pase

por el discurso del sujeto. No tengo por qué distinguir en absoluto en el fenómeno mismo de la comunicación analítica, el dominio de la comunicación verbal del de la comunicación preverbal. Es indudable que la comunicación pre o incluso extra-verbal es permanente en el análisis, pero se trata de ver qué constituye el campo propiamente analítico.

Lo que constituye el campo analítico es idéntico a lo que constituye el fenómeno analítico, a saber, el síntoma. Y también gran número de otros fenómenos llamados normales o sub-normales, cuyo sentido no había sido elucidado hasta el análisis, y que se extienden mucho más allá del discurso y de la palabra, puesto que son cosas que le ocurren al sujeto en su vida cotidiana. Vienen luego los lapsus, trastornos de la memoria, sueños, sumémosle la agudeza, la cual tiene un valor esencial en el descubrimiento freudiano puesto que permite palpar la perfecta coherencia que tenía en la obra de Freud la relación del fenómeno analítico con el lenguaje.

Comencemos diciendo qué no es el fenómeno analítico.

El análisis arrojó grandes luces sobre lo preverbal. En la doctrina psicoanalítica está vinculado esencialmente al pre-consciente. Es la suma de impresiones, internas o externas, de informaciones que el sujeto recibe del mundo en que vive, de las relaciones naturales que tiene con éste, siempre y cuando existan en el hombre relaciones que sean cabalmente naturales, pero por más pervertidas que ellas estén, sí existen. Todo lo perteneciente al orden preverbal participa así de lo que podemos denominar una *Gestalt* intramundana. En su seno, el sujeto es la muñeca infantil que fue, es objeto excremental, es cloaca, es ventosa. El análisis nos impulsó a explorar ese mundo imaginario, que participa de una especie de poesía bárbara, como nos lo hicieron sentir primero ciertas obras poéticas, y no el análisis.

Estamos ahí en el tornasol innumerable de la gran significación afectiva. Para expresarlo las palabras acuden en abundancia al sujeto, están a su disposición, tan accesibles y tan inagotables en sus combinaciones como la naturaleza a la que

responden. Es el mundo del niño, donde ustedes se sienten cómodos, sobre todo porque se han familiarizado con sus fantasmas: lo de arriba vale por lo de abajo, el revés por el derecho, etcétera. La ley de este mundo es la equivalencia universal, y por eso mismo no lo sentimos suficientemente seguro como para fijar en él las estructuras.

Este discurso de la significación afectiva alcanza de entrada las fuentes de la fabulación, mientras que el discurso de la reivindicación pasional, por ejemplo, es a su lado pobre y chocheante, en él ya está presente el tropiezo de la razón. El sostén preverbal de la comunicación imaginaria se expresa, con toda naturalidad, en discurso. Nos encontramos aquí en un ámbito familiar, explorado desde siempre tanto por la deducción empírica como por la deducción categórica *a priori*. La fuente y el reservorio de ese pre-consciente, de lo que llamamos imaginario, es bastante conocida, ya fue abordada felizmente por la tradición filosófica, y puede decirse que las ideas-esquemas de Kant se sitúan en el umbral de ese dominio...allí al menos es donde encuentran sus credenciales más brillantes.

Evidentemente, la teoría clásica de la imagen y la imaginación es de una insuficiencia sorprendente. A fin de cuentas, este dominio es insondable. Hemos hecho notables progresos en su fenomenología, pero estamos lejos de dominarlo. Si el análisis permitió revelar el problema de la imagen en su valor formativo, que se confunde con el problema de los orígenes, incluso de la esencia de la vida, de quienes ciertamente podemos esperar progresos es de los biólogos y los etólogos. El inventario analítico permite mostrar determinados rasgos económicos esenciales de la función imaginaria, mas no por ello está agotado el problema.

Nunca dije, entonces, que ese mundo pre-consciente, siempre dispuesto a surgir en la conciencia, a disposición del sujeto —salvo contraorden— tuviese en sí mismo estructura de lenguaje. Digo, porque es evidente, que se inscribe en él, que se vuelve a fundir en él. Guarda, empero, sus propias

vías, sus comunicaciones particulares. El análisis no aportó su descubrimiento esencial a ese nivel.

Resulta sorprendente ver cómo el énfasis que se da a la relación de objeto en análisis se pone a cuenta de una exclusiva preponderancia del mundo de la relación imaginaria, eli-diéndose así, el campo del descubrimiento analítico propiamente dicho. Puede rastrearse la progresiva dominación de esta perspectiva leyendo lo que, desde hace algún tiempo, escribe el susodicho Kris. Enfatiza, en lo tocante a la economía de los progresos del análisis, lo que llama —ya que leyó a Freud— los procesos mentales preconscientes, y el carácter fecundo de la regresión del yo, lo que equivale a ubicar por entero en el plano imaginario las vías de acceso al inconsciente. Si seguimos a Freud, por el contrario, resulta claro que ninguna exploración del preconsciente, por profunda, por exhaustiva que sea, nos llevará jamás a un fenómeno inconsciente en cuanto tal. La prevalencia desmedida de la psicología del ego en la nueva escuela americana induce un espejismo que se asemeja al de un matemático, que suponemos ideal, quien, habiéndose percatado de la existencia de las magnitudes negativas, se pusiese a dividir indefinidamente una magnitud positiva, esperando al cabo superar la línea del cero, y entrar en el dominio soñado.

Error tanto más grosero, por cuanto no hay cosa sobre la que Freud insistiese más que sobre la diferencia radical entre inconsciente y preconsciente. Creer, empero, que por más que diga que hay barrera, ésta, al igual que cuando en un granero ponemos una separación, terminará dejando pasar a las ratas. La creencia fundamental que parece regir actualmente la práctica analítica es que algo comunica a neurosis y psicosis, preconsciente e inconsciente. Hay que empujar, roer y se logrará perforar la pared.

Llevados por esta idea, los autores un tanto coherentes realizan agregados teóricos francamente sorprendentes, como la noción de esfera no conflictiva, como suele decirse, noción exorbitante, no regresiva sino transgresiva. Ni siquiera en la

psicología más neo-espiritualista de las facultades del alma, se escuchó nunca nada igual. Nunca nadie pensó hacer de la voluntad una instancia que se situase en un imperio no conflictivo. Claramente vemos qué los conduce a ello. Para ellos el yo es el marco prevalente de los fenómenos, todo pasa por el yo, la regresión del yo es la única vía de acceso al inconsciente. ¿Dónde situar, entonces, el elemento mediador indispensable para concebir la acción del tratamiento analítico? A no ser en esa especie de yo, verdaderamente ideal, en el peor sentido de la palabra, que es la esfera no-conflictiva, que se transforma así en el lugar mítico de las entificaciones más increíblemente reactivas.

¿Qué es el inconsciente en relación al preconsciente tal como acabamos de situarlo?

Si digo que todo lo que pertenece a la comunicación analítica tiene estructura de lenguaje, esto no quiere decir que el inconsciente se exprese en el discurso. La *Traumdeutung*, la *Psicopatología de la vida cotidiana* y el *Chiste* lo transparentan. Es imposible explicar nada en los rodeos de Freud si no es porque el fenómeno analítico en cuanto tal, cualquiera sea, tiene no que ser un lenguaje en el sentido de un discurso —nunca dije que era un discurso— sino que tiene que estar estructurado como un lenguaje. Este es el sentido en que podemos decir que es una variedad fenoménica, y la más reveladora, de las relaciones del hombre con el ámbito del lenguaje. Todo fenómeno analítico, todo fenómeno que participa del campo analítico, del descubrimiento analítico, de aquello con que tenemos que vernosla en el síntoma y en la neurosis, está estructurado como un lenguaje.

Quiere decir que es un fenómeno que siempre presenta la duplicidad esencial del significante y del significado. Quiere decir que el significante tiene en él su coherencia y su carácter propios, que lo distinguen de cualquier otra especie de signo. Vamos a seguirle la huella en el dominio del preconsciente imaginario.

Partamos del signo biológico. Hay en la estructura misma,

en la morfología de los animales, algo que tiene ese valor cautivante gracias al cual el que es el receptor, el que ve el rojo del petirrojo, por ejemplo, y quien está hecho para recibirlo, entra en una serie de comportamientos, en un comportamiento de ahí en más unitario que vincula al portador de ese signo con quien lo percibe. Esto da una idea precisa de lo que puede llamarse la significación natural. Sin investigar más cómo se elabora esto en el hombre, es claro que podemos llegar mediante una serie de transiciones a una depuración, a una neutralización del signo natural.

Veamos ahora la huella, el paso sobre la arena, signo que no engaña a Robinson. Aquí el signo se separa de su objeto. La huella, en lo que tiene de negativo, lleva el signo natural a un límite en que éste es evanescente. La distinción entre el signo y el objeto es aquí muy clara puesto que la huella es precisamente lo que deja el objeto que se fue a otra parte. Objetivamente, no se necesita sujeto alguno que reconozca el signo para que esté, la huella existe aún cuando no haya nadie para mirarla.

¿A partir de qué momento pasamos al orden del significante? El significante puede extenderse a muchos elementos del dominio del signo. Sin embargo, el significante es un signo que no remite a un objeto, ni siquiera en estado de huella, aunque la huella anuncia de todos modos su carácter esencial. Es, también, signo de una ausencia. Pero en tanto forma parte del lenguaje, el significante es un signo que remite a otro signo, está estructurado como tal para significar la ausencia de otro signo, en otras palabras, para oponerse a él en un par.

Les hablé del día y de la noche. El día y la noche no son algo que pueda definirse a partir de la experiencia. La experiencia sólo puede indicar una serie de modulaciones, de transformaciones, incluso una pulsación, una alternancia de luz y oscuridad, con todas sus transiciones. El lenguaje comienza con la oposición: el día y la noche. A partir del momento en que existe el día como significante, ese día está

entregado a todas las vicisitudes de un juego a través del que llegará a significar cosas muy diversas.

Este carácter del significante marca de modo esencial todo lo que es del orden del inconsciente. La obra de Freud con su enorme armazón filológico jugando hasta la intimidad misma de los fenómenos, es absolutamente impensable si no se coloca en primer plano la dominancia del significante en los fenómenos analíticos.

Esta recapitulación debe hacernos avanzar un poco más.

3

Les hablé del Otro de la palabra, en tanto el sujeto se reconoce en él y en él se hace reconocer. Ese es en una neurosis el elemento determinante, y no la perturbación de tal o cual relación oral, anal o inclusive genital. Sabemos demasiado bien lo incómodo que es el manejo de la relación homosexual, ya que ponemos en evidencia su permanencia en sujetos cuya diversidad en el plano de las relaciones instintivas es muy grande. Se trata de una pregunta que se le plantea al sujeto en el plano del significante, en el plano del *to be or not to be*, en el plano de su ser.

Quiero ilustrárselos mediante un ejemplo, una vieja observación de histeria traumática, sin huella alguna de elementos alucinatorios.

Si la elegí es porque pone en su juego en primer plano ese fantasma de embarazo y procreación que es dominante en la historia del presidente Schreber, ya que su delirio culmina del siguiente modo: una nueva humanidad de espíritu schreberiano deberá ser engendrada por él.

Esta observación es de Joseph Hasler, un psicólogo de la escuela de Budapest, fue recogida al final de la guerra del 14-18, y relata la historia de un tipo que es guarda de tranvías durante la revolución húngara.

Tiene treinta y tres años, es protestante húngaro: austeridad, solidez, tradición campesina. Dejó su familia al final de la adolescencia para ir a la ciudad. Su vida profesional está marcada por cambios no carentes de significación: primero es panadero, luego trabaja en un laboratorio químico y, por fin, es guarda de tranvía. Hace sonar el timbre y marca los boletos, pero estuvo también al volante.

Un día, baja de su vehículo, tropieza, cae al suelo, es arrastrado o algo así. Tiene un chichón, le duele un poco el lado izquierdo. Lo llevan al hospital donde no le encuentran nada. Le hacen una sutura en el cuero cabelludo para cerrar la herida. Todo transcurre bien. Sale luego de haber sido examinado de punta a punta. Se le hicieron muchas radiografías, están seguros de que no tiene nada. El mismo colabora bastante.

Luego, progresivamente, tiene crisis que se caracterizan por la aparición de un dolor a la altura de la primera costilla, dolor que se difunde a partir de ese punto y que le crea al sujeto un estado creciente de malestar. Se echa, se acuesta sobre el lado izquierdo, toma una almohada que lo bloquea. Las cosas persisten y se agravan con el tiempo. Las crisis siguen durante varios días, reaparecen con regularidad. Avanzan cada vez más, hasta llegar a producir pérdidas de conocimiento en el sujeto.

Lo examinan nuevamente de punta a punta. No encuentran absolutamente nada. Se piensa en una histeria traumática y lo envían a nuestro autor, quien lo analiza.

El hombre forma parte de la primera generación analítica, ve los fenómenos con mucha frescura, los explora de arriba a abajo. No obstante, esta observación es de 1921, y participa ya de esa especie de sistematización que comienza a afectar correlativamente, según parece, la observación y la práctica, y que producirá ese viraje del que nacerá el vuelco que enfatizará el análisis de las resistencias. Hasler ya está muy impresionado por la nueva psicología del *ego*. En cambio, conoce bien las cosas más antiguas, los primeros análisis de Freud

sobre el carácter anal, tiene presente la idea de que los elementos económicos de la libido pueden jugar un papel decisivo en la formación del yo. Se siente que se interesa mucho por el yo del sujeto, por su estilo de comportamiento, por las cosas que traducen en él los elementos regresivos, en tanto se inscriben no sólo en los síntomas sino también en la estructura.

Indica con suma pertinencia las curiosas actitudes del sujeto. Después de la primera sesión, el sujeto bruscamente se sienta en el diván y se pone a mirarlo con los ojos como platos, boquiabierto, cual si descubriese un monstruo inesperado y enigmático. En otras ocasiones, el sujeto presenta manifestaciones asaz sorprendentes de transferencia. Una vez, en particular, el sujeto se endereza repentinamente, para caer en sentido contrario, la nariz contra el diván, ofreciendo al analista sus piernas colgantes en un cuadro cuya significación general no escapa al analista.

Este sujeto está bastante bien adaptado. Tiene con sus camaradas una relación de sindicalista militante, algo líder, y se interesa mucho en lo que lo vincula socialmente con ellos. Goza de un prestigio indudable. Nuestro autor señala el modo peculiar en que se ejerce su autodidactismo, todos sus papeles están bien ordenados. Ven ustedes que Hasler intenta encontrar los rasgos de un carácter anal, y progresa. Pero la interpretación que termina dándole al sujeto sobre sus tendencias homosexualizantes ni le va ni le viene a éste, nada se mueve. Existe ahí el mismo tope que encontraba Freud con el hombre de los lobos años antes, y cuya clave completa no nos da en su caso, pues su investigación tenía entonces otro objeto.

Examinemos esta observación más de cerca. El desencadenamiento de la neurosis en su aspecto sintomático, aspecto que hizo necesaria la intervención del analista, supone sin duda un trauma, el cual debió despertar algo. En la infancia del sujeto encontramos traumas a montones. Era pequeño, comenzaba a arrastrarse por el suelo, su madre le pisó el

pulgar. Hasler no deja de señalar que en ese momento algo decisivo debió producirse, ya que, según la tradición familiar, después de este incidente empezó a chuparse el dedo. Como ven — castración — regresión. Hay otros. Pero hay un pequeño inconveniente, a medida que se va presentando el material se observa que lo decisivo en la descompensación de la neurosis no fue el accidente, sino los exámenes radiológicos.

El analista no percibe todo el alcance de lo que nos aporta, y si tiene una idea preconcebida, va en sentido contrario. El sujeto desencadena sus crisis durante los exámenes que lo someten a la acción de misteriosos instrumentos. Y estas crisis, su sentido, su modo, su periodicidad, su estilo, se presentan muy evidentemente como vinculadas con el fantasma de un embarazo.

La manifestación sintomática del sujeto está dominada por elementos relacionales que colorean sus relaciones con los objetos, de modo imaginario. Se puede reconocer en ellas la relación anal, u homosexual, o esto o lo otro, pero estos elementos mismos están incluidos en la pregunta que hace: *¿Soy o no capaz de procrear?* Esta pregunta se sitúa evidentemente a nivel del Otro, en tanto la integración de la sexualidad está ligada al reconocimiento simbólico.

Si el reconocimiento de la posición sexual del sujeto no está ligada al aparato simbólico, el análisis, el freudismo, pueden tranquilamente desaparecer, no quieren decir nada. El sujeto encuentra su lugar en un aparato simbólico preformado que instaura la ley en la sexualidad. Y esta ley sólo le permite al sujeto realizar su sexualidad en el plano simbólico. El Edipo quiere decir esto, y si el análisis no lo supiese no habría descubierto nada.

Lo que está en juego en nuestro sujeto es la pregunta *¿Qué soy? ¿soy?*, es una relación de ser, un significante fundamental. En la medida en que esta pregunta en tanto simbólica fue despertada, y no reactivada en tanto imaginaria, se desencadenó la descompensación de su neurosis y se organizaron sus síntomas. Cualesquiera sean sus cualidades, su naturaleza,

el material del que han sido tomados prestados, éstos cobran valor de formulación, de reformulación, de insistencia inclusive de esa pregunta.

Esta clave no se basta a sí misma. Se confirma a partir de elementos de su vida pasada que conservan para el sujeto todo su relieve. Pudo observar un día, escondido, una mujer de la vecindad de sus padres que emitía gemidos sin fin. La sorprendió en contorsiones, las piernas levantadas, y supo de qué se trataba, sobre todo que al no culminar el parto, debió intervenir el médico, y vio en un corredor llevar al niño en pedazos, que fue todo cuanto se pudo sacar.

Más aún, el carácter feminizado del discurso del sujeto se percibe tan de inmediato que, cuando el analista informa al sujeto los primeros elementos, obtiene de él el siguiente comentario: el médico que lo examinó le dijo a su mujer: —*No llego a darme cuenta de lo que tiene. Me parece que si fuese una mujer lo comprendería mejor.* Percibió el lado significativo, pero no percibió —por la sencilla razón de que carecía del aparato analítico, que sólo puede concebirse en el registro de las estructuraciones de lenguaje—, que todo esto no era sino un material, indudablemente favorable, que utiliza el sujeto para expresar su pregunta. Podría asimismo usar cualquier otro, para expresar lo que está más allá de toda relación, actual o inactual, un *¿Quién soy? ¿un hombre o una mujer?* y *¿Soy capaz de engendrar?*

Toda la vida del sujeto se reordena en su perspectiva cuando se tiene esta clave. Se habla, por ejemplo, de sus preocupaciones anales. ¿Pero en torno a qué gira su interés por sus excrementos? En torno a saber si puede haber en los excrementos carozos de frutas capaces todavía de crecer una vez plantados.

El sujeto tiene una gran ambición, dedicarse a la cría de gallinas y muy especialmente al comercio de huevos. Se interesa en todo tipo de cuestiones de botánica centradas en torno a la germinación. Puede incluso decirse que toda una serie de accidentes que le ocurrieron en su profesión de con-

ductor de tranvías están ligados a la fragmentación del niño de la que fue testigo. Este no es el origen último de la pregunta del sujeto, pero es particularmente expresivo.

Terminemos por donde empezamos, el último accidente. Cae del tranvía que se ha vuelto para él un aparato significativo, cae, se pare a sí mismo. El tema único del fantasma de embarazo domina, pero ¿en tanto qué? En tanto que significante —el contexto lo muestra— de la pregunta de su integración a la función viril, a la función de padre. Puede señalarse que se las arregló para casarse con una mujer que ya tenía un hijo, y con la cual sólo pudo tener relaciones insuficientes.

El carácter problemático de su identificación simbólica sostiene toda comprensión posible de la observación. Todo lo dicho, todo lo expresado, todo lo gestualizado, todo lo manifestado, sólo cobra su sentido en función de la respuesta que ha de formularse sobre esa relación fundamentalmente simbólica: *¿Soy hombre o mujer?*

Cuando expongo así las cosas, no pueden ustedes dejar de compararlas con lo que subrayé en el caso de Dora. Dora culmina en efecto en una pregunta fundamental acerca del tema de su sexo. No sobre qué sexo tiene sino: *¿Qué es ser una mujer?* Los dos sueños de Dora son, al respecto, absolutamente transparentes, no se habla de otra cosa: *¿Qué es ser una mujer?* y específicamente: *¿Qué es un órgano femenino?* Observen que nos encontramos aquí ante algo singular: la mujer se pregunta qué es ser una mujer; del mismo modo el sujeto masculino se pregunta qué es ser una mujer.

Retomaremos la vez próxima a partir de este punto. Destacaremos la disimetría que Freud siempre subrayó en el complejo de Edipo, que confirma la distinción de lo simbólico y lo imaginario que retomé hoy.

Para la mujer la realización de su sexo no se hace en el complejo de Edipo en forma simétrica a la del hombre, por identificación a la madre, sino al contrario, por identificación al objeto paterno, lo cual le asigna un rodeo adicional. Freud nunca dio marcha atrás respecto a esta concepción, por más

que se haya hecho después, las mujeres especialmente, para reestablecer la simetría. Sin embargo, la desventaja en que se encuentra la mujer en cuanto al acceso a la identidad de su propio sexo, en cuanto a su sexualización como tal, se convierte en la histeria en una ventaja, gracias a su identificación imaginaria al padre, que le es perfectamente accesible, debido especialmente a su lugar en la composición del Edipo.

Para el hombre, en cambio, el camino será más complejo.

14 DE MARZO DE 1956

XIII

LA PREGUNTA HISTERICA (II): «¿QUE ES UNA MUJER?»

Dora y el órgano femenino.

La disimetría significativa.

Lo simbólico y la procreación.

Freud y el significante.

¿Cuál es el sentido de mi conferencia de anoche sobre la formación del analista? Que lo esencial consiste en distinguir cuidadosamente el simbolismo propiamente dicho, o sea el simbolismo en tanto estructurado en el lenguaje, en el cual nos entendemos aquí, y el simbolismo natural. Resumí esto en una fórmula: *leer en la borra del café no es leer en los jeroglíficos.*

Tal cual era ese auditorio, había que darle un poco de vida a la diferencia del significante y el significado. Di ejemplos, algunos humorísticos, hice el esquema y pasé a las aplicaciones. Recordé que la práctica fascina la atención de los analistas sobre las formas imaginarias, tan seductoras, sobre la significación imaginaria del mundo subjetivo, cuando el asunto está en saber —esto es lo que interesó a Freud— qué organiza ese mundo y permite desplazarlo. Indiqué que la dinámica de los fenómenos del campo analítico está vinculada a la duplicidad que resulta de la distinción del significante y del significado.

No por azar fue un junguiano quien allí introdujo el término símbolo. En el fondo del mito junguiano existe el símbolo concebido como una flor que asciende del fondo, un floreci-

miento de lo que está en el fondo del hombre en tanto típico. El problema es saber si el símbolo es esto, o si en cambio es algo que envuelve y forma lo que mi interlocutor llamaba bellamente la creación.

La segunda parte de mi conferencia se refería al resultado del olvido en el análisis de la estructuración significante-significado. Allí no tuve más remedio que indicar en qué la teoría del ego actualmente promovida en los círculos neoyorquinos cambia por completo la perspectiva desde donde deben abordarse los fenómenos analíticos y participa de la misma obliteración. En efecto, ésta culmina en la colocación en primer plano de la relación yo a yo. La simple inspección de los artículos de Freud entre 1922 y 1924 muestra que el yo nada tiene que ver con el uso analítico que de él se hace actualmente.

1

Si lo que llaman el reforzamiento del yo existe, no puede ser otra cosa que la acentuación de la relación fantasmática siempre correlativa del yo, y más especialmente en el neurótico de estructura típica. En lo que le concierne, el reforzamiento del yo va en sentido exactamente opuesto al de la disolución, no sólo de los síntomas —que están, hablando estrictamente, en su significancia, pero que pueden dado el caso ser movilizados— sino de la estructura misma.

¿Cuál es el sentido de lo que introdujo Freud con su nueva tópica cuando acentuó el carácter imaginario de la función del yo? Precisamente la estructura de la neurosis.

Freud coloca al yo en relación con el carácter fantasmático del objeto. Cuando escribe que el yo tiene el privilegio del ejercicio de la prueba de la realidad, que es él quien da fe de la realidad para el sujeto, el contexto está fuera de dudas, el yo está ahí como un espejismo, lo que Freud llamó el

ideal del yo. Su función no es de objetividad, sino de ilusión, es fundamentalmente narcisista, y el sujeto da acento de realidad a cualquier cosa a partir de ella.

De esta tópica se desprende cuál es, en las neurosis típicas, el lugar del yo. El yo en su estructuración imaginaria es como uno de sus elementos para el sujeto. Así como Aristóteles formulaba que no hay que decir ni *el hombre piensa*, ni *el alma piensa*, sino *el hombre piensa con su alma*, diríamos que el neurótico hace su pregunta neurótica, su pregunta secreta y amordazada, con su yo.

La tópica freudiana del yo muestra cómo una o un histérico, cómo un obsesivo, usa de su yo para hacer la pregunta, es decir, precisamente para no hacerla. La estructura de una neurosis es esencialmente una pregunta, y por eso mismo fue para nosotros durante largo tiempo una pura y simple pregunta. El neurótico está en una posición de simetría, es la pregunta que nos hacemos, y es justamente porque ella nos involucra tanto como a él, que nos repugna fuertemente formularla con mayor precisión.

Lo ilustra la manera en que desde siempre les hablo de la histeria, a la que Freud da el esclarecimiento más eminente en el caso de Dora.

¿Quién es Dora? Alguien capturado en un estado sintomático muy claro, con la salvedad de que Freud, según su propia confesión, se equivoca respecto al objeto de deseo de Dora, en la medida en que él mismo está demasiado centrado en la cuestión del objeto, es decir en que no hace intervenir la intrínseca duplicidad subjetiva implicada. Se pregunta qué desea Dora, antes de preguntarse quién desea en Dora. Freud termina percatándose de que, en ese ballet de a cuatro —Dora, su padre, el señor y la señora K.— es la señora K. el objeto que verdaderamente interesa a Dora, en tanto que ella misma está identificada al señor K. La cuestión de saber dónde está el yo de Dora está así resuelta: el yo de Dora es el señor K. La función que cumple en el esquema del estadio del espejo la imagen especular, en la que el sujeto ubica su

sentido para reconocerse, donde por vez primera sitúa su yo, ese punto externo de identificación imaginaria, Dora lo coloca en el señor K. En tanto ella es el señor K. todos sus síntomas cobran su sentido definitivo.

La afonía de Dora se produce durante las ausencias del señor K., y Freud lo explica de un modo bastante bonito: ella ya no necesita hablar si él no está, sólo queda escribir. Esto de todos modos nos deja algo pensativos. Si ella se calla así, se debe de hecho a que el modo de objetivación no está puesto en ningún otro lado. La afonía aparece porque Dora es dejada directamente en presencia de la señora K. Todo lo que pudo escuchar acerca de las relaciones de ésta con su padre gira en torno a la fellatio, y esto es algo infinitamente más significativo para comprender la intervención de los síntomas orales.

La identificación de Dora con el señor K. es lo que sostiene esta situación hasta el momento de la descompensación neurótica. Si se queja de esa situación, eso también forma parte de la situación, ya que se queja en tanto identificada al señor K.

¿Qué dice Dora mediante su neurosis? ¿Qué dice la histérica-mujer? Su pregunta es la siguiente: ¿Qué es ser una mujer?

Por ahí nos adentramos más aún en la dialéctica de lo imaginario y lo simbólico en el complejo de Edipo.

En efecto, la aprehensión freudiana de los fenómenos se caracteriza porque muestra siempre los planos de estructura del síntoma, a pesar del entusiasmo de los psicoanalistas por los fenómenos imaginarios removidos en la experiencia analítica.

A propósito del complejo de Edipo, las buenas voluntades no dejaron de subrayar analogías y simetrías en el camino que tienen que seguir el varón y la hembra, y el propio Freud indicó muchos rasgos comunes. Nunca dejó de insistir, empero, en la disimetría fundamental del Edipo en ambos sexos.

¿A qué se debe esa disimetría? A la relación de amor primaria con la madre, me dirán, pero Freud estaba aún lejos de haber llegado a eso en la época en que comenzaba a ordenar los hechos que constataba en la experiencia. Evoca, entre otros, el elemento anatómico, que hace que para la mujer los dos sexos sean idénticos. ¿Pero es ésta sin más la razón de la disimetría?

Los estudios de detalle que Freud hace sobre este tema son muy densos. Nombraré algunos: *Consideraciones acerca de la diferencia anatómica entre los sexos*, *El declinar del complejo de Edipo*, *La sexualidad femenina*. ¿Qué hacen surgir? Tan solo que la razón de la disimetría se sitúa esencialmente a nivel simbólico, que se debe al significante.

Hablando estrictamente no hay, diremos, simbolización del sexo de la mujer en cuanto tal. En todos los casos, la simbolización no es la misma, no tiene la misma fuente, el mismo modo de acceso que la simbolización del sexo del hombre. Y esto, porque lo imaginario sólo proporciona una ausencia donde en otro lado hay un símbolo muy prevalente.

Es la prevalencia de la *Gestalt* fálica la que, en la realización del complejo edípico, fuerza a la mujer a tomar el rodeo de la identificación al padre, y a seguir por ende durante un tiempo los mismos caminos que el varón. El acceso de la mujer al complejo edípico, su identificación imaginaria, se hace pasando por el padre, exactamente al igual que el varón, debido a la prevalencia de la forma imaginaria del falo, pero en tanto que a su vez ésta está tomada como el elemento simbólico central del Edipo.

Si tanto para la hembra como para el varón el complejo de castración adquiere un valor-pivote en la realización del Edipo, es muy precisamente en función del padre, porque el falo es un símbolo que no tiene correspondiente ni equivalente. Lo que está en juego es una disimetría en el significante. Esta disimetría significativa determina las vías por donde pasará el complejo de Edipo. Ambas vías llevan por el mismo sendero: el sendero de la castración.

La experiencia del Edipo testimonia la predominancia del significante en las vías de acceso de la realización subjetiva, ya que la asunción por la niña de su situación no sería en modo alguno impensable en el plano imaginario. Están allí presentes todos los elementos para que la niña tenga de la posición femenina una experiencia que sea directa, y simétrica de la realización de la posición masculina. No habría obstáculo alguno si esta realización tuviera que cumplirse en el orden de la experiencia vivida, de la simpatía del *ego*, de las sensaciones. La experiencia muestra, empero, una diferencia llamativa: uno de los sexos necesita tomar como base de identificación la imagen del otro sexo. Que las cosas sean así no puede considerarse como una mera extravagancia de la naturaleza. El hecho sólo puede interpretarse en la perspectiva en que el ordenamiento simbólico todo lo regula.

Donde no hay material simbólico, hay obstáculo, defecto para la realización de la identificación esencial para la realización de la sexualidad del sujeto. Este defecto proviene de hecho de que, en un punto, lo simbólico carece de material, pues necesita uno. El sexo femenino tiene un carácter de ausencia, de vacío, de agujero, que hace que se presente como menos deseable que el sexo masculino en lo que éste tiene de provocador, y que una disimetría esencial aparezca. Si debiese captarse todo en el orden de una dialéctica de las pulsiones, no se vería el por qué de semejante rodeo, por qué una anomalía semejante sería necesaria.

Este señalamiento dista mucho de ser suficiente en lo tocante a la pregunta en juego, a saber la función del yo en los histéricos masculinos y femeninos. La pregunta no está vinculada simplemente al material, a la tienda de accesorios del significante, sino a la relación del sujeto con el significante en su conjunto, con aquello a lo cual el significante puede responder.

Si ayer hablé de seres de lenguaje, era para impactar a mi auditorio. Los seres de lenguaje no son seres organizados, pero que sean seres, que impriman sus formas en el hombre,

es indudable. Mi comparación con los fósiles estaba, hasta cierto punto, totalmente indicada. Pero de todos modos carecen de una existencia sustancial en sí.

2

Consideremos las paradojas resultantes de determinados entrecruzamientos funcionales entre los dos planos de lo simbólico y lo imaginario.

Parecería, por una parte, que lo simbólico es lo que nos brinda todo el sistema del mundo. Porque el hombre tiene palabras conoce cosas. El número de cosas que conoce corresponde al número de cosas que puede nombrar. No hay dudas al respecto. Por otra parte, tampoco hay dudas acerca de que la relación imaginaria está ligada a la etología, a la psicología animal. La relación sexual implica la captura por la imagen del otro. En otras palabras, uno de los dominios se presenta abierto a la neutralidad del orden del conocimiento humano, el otro parece ser el dominio mismo de la erotización del objeto. Esto es lo que se manifiesta en un primer abordaje.

Ahora bien, la realización de la posición sexual en el ser humano está vinculada, nos dice Freud —y nos dice la experiencia—, a la prueba de la travesía de una relación fundamentalmente simbolizada, la del Edipo, que entraña una posición que aliena al sujeto, vale decir que le hace desear el objeto de otro, y poseerlo por procuración de otro. Nos encontramos entonces ahí ante una posición estructurada en la duplicidad misma del significante y el significado. En tanto la función del hombre y la mujer está simbolizada, en tanto es literalmente arrancada al dominio de lo imaginario para ser situada en el dominio de lo simbólico, es que se realiza toda posición sexual normal, acabada. La realización genital está sometida, como a una exigencia esencial, a la simbolización: que el

hombre se virilice, que la mujer acepte verdaderamente su función femenina.

Inversamente, cosa no menos paradójica, la relación de identificación a partir de la cual el objeto se realiza como objeto de rivalidad está situada en el orden imaginario. El dominio del conocimiento está inserto fundamentalmente en la primitiva dialéctica paranoica de la identificación al semejante. De ahí parte la primera apertura de identificación al otro, a saber un objeto. Un objeto se aísla, se neutraliza, y se erotiza particularmente en cuanto tal. Esto hace entrar en el campo del deseo humano infinitamente más objetos materiales que los que entran en la experiencia animal.

En ese entrecruzamiento de lo imaginario y lo simbólico, yace la fuente de la función esencial que desempeña el yo en la estructuración de las neurosis. Cuando Dora se pregunta *¿qué es una mujer?* intenta simbolizar el órgano femenino en cuanto tal. Su identificación al hombre, portador del pene, le es en esta ocasión un medio de aproximarse a esa definición que se le escapa. El pene le sirve literalmente de instrumento imaginario para aprehender lo que no logra simbolizar.

Hay muchas más histéricas que histéricos —es un hecho de experiencia clínica— porque el camino de la realización simbólica de la mujer es más complicado. Volverse mujer y preguntarse qué es una mujer son dos cosas esencialmente diferentes. Diría aún más, se pregunta porque no se llega a serlo y, hasta cierto punto, preguntarse es lo contrario de llegar a serlo. La metafísica de su posición es el rodeo impuesto a la realización subjetiva en la mujer. Su posición es esencialmente problemática y, hasta cierto punto, inasimilable. Pero una vez comprometida la mujer en la histeria, debemos reconocer también que su posición presenta una particular estabilidad, en virtud de su sencillez estructural: cuanto más sencilla es una estructura, menos puntos de ruptura revela. Cuando su pregunta cobra forma bajo el aspecto de la histeria, le es muy fácil a la mujer hacerla por la vía más corta, a saber, la identificación al padre.

Indudablemente, la situación es mucho más compleja en la histeria masculina. En tanto la realización edípica está mejor estructurada en el hombre, la pregunta histérica tiene menos posibilidades de formularse. Pero si se formula ¿cuál es? Hay aquí la misma disimetría que en el Edipo: el histérico y la histérica se hacen la misma pregunta. La pregunta del histérico también atañe a la posición femenina.

La pregunta del sujeto que evoqué la vez pasada giraba en torno al fantasma de embarazo. ¿Basta esto para agotar la pregunta? Sabemos desde hace mucho que la fragmentación anatómica, en tanto fantasmática, es un fenómeno histérico. Esta anatomía fantasmática tiene un carácter estructural; no se hace una parálisis, ni una anestesia, según las vías y la topografía de las ramificaciones nerviosas. Nada en la anatomía nerviosa recubre cosa alguna de las que se producen en los síntomas histéricos. Siempre se trata de una anatomía imaginaria.

¿Podemos precisar ahora el factor común a la posición femenina y a la pregunta masculina en la histeria? Factor que se sitúa sin duda a nivel simbólico, pero sin quizá reducirse totalmente a él. Se trata de la pregunta de la procreación. La paternidad al igual que la maternidad tiene una esencia problemática; son términos que no se sitúan pura y simplemente a nivel de la experiencia.

Charlaba no hace mucho con uno de mis alumnos sobre los problemas, formulados desde hace tiempo a propósito de la *couvade*, y él me recordaba los esclarecimientos aportados últimamente por los etnógrafos. Hechos de experiencia obtenidos a partir de una investigación continuada, pues es ahí donde esto se ve claramente, en alguna tribu de América Central, permiten en efecto zanjar ciertas cuestiones que se plantean en torno a la significación del fenómeno. Se observa ahora un cuestionamiento de la función del padre y su aporte a la creación del nuevo individuo. La *couvade* se sitúa a nivel de una pregunta que atañe a la procreación masculina.

En la misma dirección, tal vez no les parezca forzada la elaboración siguiente.

Lo simbólico da una forma en la que se inserta el sujeto a nivel de su ser. El sujeto se reconoce como siendo esto o lo otro a partir del significante. La cadena de los significantes tiene un valor explicativo fundamental, y la noción misma de causalidad no es otra cosa.

Existe de todos modos una cosa que escapa a la trama simbólica, la procreación en su raíz esencial: que un ser nazca de otro. La procreación está cubierta, en el orden de lo simbólico, por el orden instaurado de esa sucesión entre los seres. Pero nada explica en lo simbólico el hecho de su individuación, el hecho de que un ser sale de un ser. Todo el simbolismo está allí para afirmar que la criatura no engendra a la criatura, que la criatura es impensable sin una fundamental creación. Nada explica en lo simbólico la creación.

Nada explica tampoco que sea necesario que unos seres mueran para que otros nazcan. Los biólogos dicen que hay una relación esencial entre la reproducción sexuada y la aparición de la muerte, y si esto es cierto, muestra que ellos también giran en torno a la misma pregunta. La cuestión de saber qué liga dos seres en la aparición de la vida sólo se plantea para el sujeto a partir del momento en que está en lo simbólico, realizado como hombre o como mujer, pero en la medida en que un accidente le impide acceder a ello. Esto puede también ocurrir debido a los accidentes biográficos de cada quien.

Estas son las mismas preguntas que Freud plantea en el trasfondo de *Más allá del principio del placer*. Así como la vida se reproduce, ella se ve obligada a repetir el mismo ciclo, para alcanzar el objetivo común de la muerte. Para Freud éste es el reflejo de su experiencia. Cada neurosis reproduce un ciclo particular en el orden del significante, sobre el fondo de la pregunta que la relación del hombre al significante en tanto tal plantea.

En efecto, hay algo radicalmente inasimilable al significante. La existencia singular del sujeto sencillamente. ¿Por qué está ahí? ¿De dónde sale? ¿Qué hace ahí? ¿Por qué va a

desaparecer? El significante es incapaz de darle la respuesta, por la sencilla razón de que lo pone precisamente más allá de la muerte. El significante lo considera como muerto de antemano, lo inmortaliza por esencia.

Como tal, la pregunta sobre la muerte es otro modo de la creación neurótica de la pregunta, su modo obsesivo. Lo indiqué anoche, y hoy lo dejo de lado, porque este año examinamos las psicosis y no las neurosis obsesivas. Las consideraciones de estructura que aquí propongo no son más que preludios al problema planteado por el psicótico. Si me intereso especialmente por la pregunta planteada en la histeria, es precisamente porque se trata de saber en qué ella se diferencia del mecanismo de la psicosis, principalmente la del presidente Schreber, en quien la pregunta de la procreación también se dibuja, y muy especialmente la de la procreación femenina.

3

Quisiera terminar indicándoles los textos de Freud que justifican lo que dije anoche.

Mi trabajo es comprender qué hizo Freud. En consecuencia, interpretar incluso lo implícito en Freud, es legítimo a mi modo de ver. Quiero decirles que si les ruego remitirse a lo que algunos textos han articulado poderosamente, no es para retroceder ante mis responsabilidades.

Vayamos a esos años, alrededor de 1896, en los que el propio Freud nos dice que montó su doctrina; necesitó mucho tiempo para soltar lo que tenía que decir. Freud señala claramente el tiempo de latencia, que es siempre de tres o cuatro años, que hubo entre el momento en que compuso sus principales obras y el momento en que las publicó. La *Traumdeutung* fue escrita tres o cuatro años antes de su

publicación. Ocurre lo mismo con la *Psicopatología de la vida cotidiana* y el caso Dora.

Comprobamos que la doble estructuración que es la del significante y el significado no aparece retroactivamente. A partir, por ejemplo, de la carta 46, Freud nos dice que comenzó a ver surgir en su experiencia, y a poder construir las etapas del desarrollo del sujeto, así como a relacionarlas con la existencia del inconsciente y sus mecanismos. Es impactante verlo emplear el término *Übersetzung* para designar tal o cual etapa de las experiencias del sujeto en tanto se traduce o no. *Se traduce*, ¿qué quiere decir esto? Se trata de lo que ocurre en niveles definidos por las edades del sujeto: de uno a cuatro años, luego de cuatro a ocho años, luego el período prepubertal, y por fin el período de madurez.

Es interesante destacar el énfasis que Freud da al significante. La *Bedeutung* no puede ser traducida como especificando al significante en relación al significado. De igual modo, en la carta 52, ya destaqué una vez que Freud decía lo siguiente: *Trabajo con la suposición de que nuestro mecanismo psíquico nació siguiendo una disposición en capas, mediante un ordenamiento en el cual cada tanto, el material que se tiene a mano sufre una reorganización según nuevas relaciones y un trastocamiento en la inscripción, una reinscripción.*

Lo esencialmente nuevo en la teoría, es la afirmación de que la memoria no es simple, que es plural, múltiple, registrada bajo diversas formas.

Les hago notar el parentesco de lo allí dicho con el esquema que comenté el otro día. Freud subraya que esas diferentes etapas se caracterizan por la pluralidad de las inscripciones mnésicas.

Primero está la *Wahrnehmung*, la percepción. Es una posición primera, primordial, que permanece hipotética, puesto que de algún modo no sale a la luz en el sujeto. Después está la *Bewusstsein*, la conciencia.

Conciencia y memoria en cuanto tales se excluyen. Acerca de este punto Freud jamás varió. Siempre le pareció que la

memoria pura, en tanto inscripción, y adquisición por el sujeto de una nueva posibilidad de reacción, debía permanecer completamente inmanente al mecanismo, y no hacer intervenir captación alguna del sujeto por sí mismo.

La etapa *Wahrnehmung* está ahí para indicar que hay que suponer algo simple en el origen de la memoria, concebida como formada por una pluralidad de registros. El primer registro de las percepciones, también inaccesible a la conciencia, está ordenado por asociaciones de simultaneidad. Tenemos ahí la exigencia original de una instauración primitiva de simultaneidad.

Esto se lo mostré el año pasado en nuestros ejercicios demostrativos a propósito de los símbolos. Recuerden que las cosas se volvían interesantes a partir del momento en que establecíamos las estructuras de grupos de tres. Colocar juntos grupos de tres es, en efecto, instaurarlos en la simultaneidad. El nacimiento del significante es la simultaneidad, y también su existencia es una coexistencia sincrónica. De Saussure enfatiza este punto.

La *Bewusstsein* es del orden de los recuerdos conceptuales. La noción de relación causal aparece ahí en cuanto tal por vez primera. Es el momento en que el significante, una vez constituido, se ordena secundariamente respecto a algo distinto, que es la aparición del significado.

Sólo después interviene la *Vorbewusstsein*, tercer modo de reordenamiento. A partir de este preconsciente se harán conscientes las inversiones, de acuerdo a ciertas reglas precisas. Esta segunda conciencia del pensamiento está ligada probablemente a la experiencia alucinatoria de las representaciones verbales, a la emisión de palabras. El ejemplo más radical es la alucinación verbal, vinculada al mecanismo paranoico por el cual hacemos audibles las representaciones de palabras. La aparición de la conciencia está ligada a esto; si no seguiría sin lazo alguno con la memoria.

En todo lo que sigue, Freud manifiesta que el fenómeno de la *Verdrängung* consiste en la caída de algo que es del

orden de la expresión significante, en el momento del pase de una etapa de desarrollo a otra. El significante registrado en una de esas etapas no pasa a la siguiente, con el modo de reclasificación retroactiva que necesita toda nueva fase de organización significante-significación en la que entra el sujeto.

A partir de esto hay que explicar la existencia de lo reprimido. La noción de inscripción en un significante que domina el registro, es esencial para la teoría de la memoria, en tanto ella está en la base de la primera investigación por Freud del fenómeno del inconsciente.

21 DE MARZO DE 1956

XIV

EL SIGNIFICANTE, EN CUANTO TAL, NO SIGNIFICA NADA

La noción de estructura.

La subjetividad en lo real.

Cómo situar el comienzo del delirio.

Los entre-yo (je).

Ad usum autem orationis, incredibile est, nisi diligenter attenderis, quanta opera machinata natura sit.

Cuántas maravillas esconde la función del lenguaje si quieren diligentemente prestarle atención: como saben a eso nos dedicamos aquí. No les extrañará entonces que ponga como epígrafe esta frase de Cicerón, ya que sobre ese tema vamos, este trimestre, a retomar el estudio de las estructuras freudianas de las psicosis.

En efecto, se trata de lo que Freud dejó en lo concerniente a las estructuras de las psicosis, y por lo cual las calificamos de freudianas.

1

La noción de estructura merece de por sí que le prestemos atención. Tal como la hacemos jugar eficazmente en análisis, implica cierto número de coordenadas, y la noción misma de coordenadas forma parte de ella. La estructura es primero un grupo de elementos que forman un conjunto co-variante.